

## Bibliografía

RATZINGER, Card. Joseph, *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia Católica ante el nuevo milenio* (Una conversación con Peter Seewald), Ediciones Palabra, Madrid 1997, pp. 310.

«La "sal de la tierra" supone que no toda la tierra es sal (...) [La Iglesia] tiene que ser consciente de lo específico de su mensaje, y estar, como la luz de Dios, en el devenir del mundo, manteniéndose libre y abierta para que al mundo le llegue el aire que necesita para respirar».

El puesto de la Iglesia en el mundo de hoy y en el del futuro es el tema en torno al cual gira el libro-entrevista *La sal de la tierra*. No se trata en esta ocasión, como en el *Informe sobre la fe* de hace 12 años, de tratar sistemáticamente el estado en que se encontraban los diversos puntos de la doctrina católica. No se trata tampoco de responder a un sistema de ideas coherentemente crítico contra la Iglesia, como fue el caso del marxismo. Se trata más bien de responder a las preguntas e inquietudes de un mundo moderno o posmoderno que lanza contra la Iglesia una serie de objeciones inconexas y a veces contradictorias entre sí, y que en último término se resumen en la oposición al hecho de que la Iglesia defienda un núcleo de verdad objetivo e inmutable del cual depende la salvación del hombre.

Peter Seewald es un periodista que se presenta como uno que era católico y ha perdido la fe. Sus preguntas reflejan la situación de tantos que como él

mismo dice «no pueden creer lo que saben y no saben lo que tienen que creer». Van de lo superficial a lo profundo, de lo laudatorio a lo impertinente, de lo razonable a lo pueril. Y el Cardenal Ratzinger responde a todas con serenidad, solidez y profundidad de argumentos, y sobre todo, santa paciencia, deshaciendo así, ante los ojos de cualquier lector imparcial, la imagen de intransigencia que algunos quieren crear en torno al Magisterio de la Iglesia y las personas que lo sirven.

El libro comienza con una introducción sobre la esencia de la fe católica, después aborda la persona misma del Cardenal, pasa luego revista a las situaciones interna de la Iglesia Católica (la Iglesia en los diversos países, en especial en Alemania, los temas del disenso, etc.), y después a la externa (relaciones con la sociedad, el estado, los cristianos separados, las otras religiones...); termina con un intento de anticipación del futuro: la Iglesia en los umbrales de una nueva época.

Tónica general del libro es, como hemos dicho, el confrontarse de la Iglesia con el *Zeitgeist*, el «espíritu de los tiempos», ante al cual muchos opinan que aquélla se deba rendir, para terminar así con la situación de rechazo y marginación que sufre en muchos ambientes, sobre todo en los paí-

ses centroeuropeos, de cuya problemática parten casi todas las preguntas de la entrevista. «Debemos tener el coraje suficiente para romper con mucho de lo que el hombre de finales del siglo XX considera “normal”, para volver a descubrir la fe en toda su sencillez» responde, entre otras cosas, el Cardenal.

Ratzinger se coloca en una equilibrada teología de la historia, donde la Iglesia es el lugar en el que Dios actualmente se hace accesible a los hombres.

Sin negar la posibilidad de salvación de quien vive honestamente fuera de la Iglesia, el Cardenal insiste en que es el Cristianismo quien debe purificar toda otra vía que los hombres hayan encontrado para acercarse a Dios. La revelación en Cristo es definitiva, pero también inagotable, y bajo la guía del Espíritu Santo debe dar respuesta a las necesidades de salvación de cada época. Es la acción de un Dios que se hace débil, que comparte las alegrías y tristezas del hombre, pero que proporciona una esperanza de vida eterna, irreducible a cualquier utopía terrena, incluso de inspiración supuestamente cristiana.

Sobre todo en nuestros días, la Iglesia combate la tentación de renunciar a la verdad, que lleva a caer en una «tiranía de la voluntad». Verdad que encuentra rechazo porque supone humildad y obediencia, aceptación de un camino colectivo, aunque no opuesto a la vocación individual (luego dirá que para llegar a Dios hay tantos caminos como hombres). Pero la Iglesia debe hablar. El Cardenal rechaza la posición de quien calla «para no disgustar a nadie».

Su aventura personal ha sido marcada por este deseo de servicio a la

verdad; antes del Concilio, buscando nuevos caminos para comprenderla y proclamarla; después del Concilio, oponiéndose a un «no-espíritu del Concilio» que deformaba esta verdad. Todo esto no está reñido con un espíritu de diálogo, sobre todo intraeclesial. Ratzinger deshace en sus respuestas muchos mitos sobre su propio trabajo, sobre el actuar del Papa; muestra una Iglesia que no confunde la firmeza con la cerrazón o con el desprecio de la persona y de las razones del prójimo.

La Iglesia, en la visión de Ratzinger, es «piedra de escándalo» contra la cual choca sobre todo el «extraño consenso de la existencia moderna», que pretende crear nuevas pautas morales en las que el hombre es su propio creador, y de las que frecuentemente se siguen conclusiones fanáticas, sobre todo cuando se intenta expulsar a Dios de todo ordenamiento humano. Dice: «La principal amenaza, cada vez mayor, que sufre actualmente la Iglesia es la nueva concepción del mundo que presenta al cristianismo como intolerante, y a la fe católica como demasiado anticuada, pasada de moda e incompatible con la modernidad, y por lo tanto, se la somete a presión.

Este es un peligro bastante serio en mi opinión, aunque de momento no se observe con mucha nitidez. Pero existe esta opresión de la sociedad que quiere que la Iglesia se acople a las ideas tipo *standard* predominantes en el mundo».

Esta mentalidad dominante trata de asimilar a la Iglesia a través de una serie de críticas constantes y repetitivas sobre determinados temas, que Ratzinger irónicamente llama «el canon de las críticas»: infalibilidad y autoridad del Papa, celibato de los sacerdotes, anticonceptivos, aborto, matrimonio de

los divorciados, ordenación de la mujer (...) a cada una de estas cuestiones el Cardenal va dando una respuesta serena y razonada, que sin duda contribuirá a tranquilizar muchas conciencias, por lo menos las de quienes no se hayan cerrado definitivamente en sus posiciones de disenso.

Y respecto al futuro de la Iglesia, Ratzinger muestra una esperanza lúcida, no basada en vanos triunfalismos, sino en lo esencial de la fe. La redención, «si está ligada a la libertad, si no ha sido impuesta al hombre bajo ningún aspecto, sino ofrecida a su libertad, por esa misma razón es, hasta cierto punto, también destruible». Pero Dios quiere reinar así «porque dominar con imposición, con un poder que se ha conseguido y se mantiene por la fuerza, al parecer, no es la forma divina de poder». Ratzinger confía sin embargo que para este mundo también llegará «un cambio espiritual esencial». Si en algunas partes del mundo la Iglesia puede convertirse en una Iglesia de minorías, no se puede excluir un renacimiento de las cenizas, una nueva presencia del cristianismo, pues la muerte-resurrección es la ley de la vida cristiana. Se prospectan nuevas formas de vida cristiana, aunque no sustitutivas de la vida parroquial.

Un cristianismo cuantitativamente reducido, pero más consciente y mejor formado, no puede ser sino el factor de un nuevo comienzo. Los santos son los auténticos reformadores de la Iglesia y éstos nunca faltan. En la conferencia de prensa para la presentación de su libro, Ratzinger añadió que respecto al futuro, «el Señor se reserva una gran libertad».

La caída de las grandes ideologías no ha producido un inmediato renacer

del cristianismo, sino un «largo período de confusión». En estas circunstancias, la misión del cristianismo es superar la fragmentación del conocimiento y poner de manifiesto la unidad y la integridad del hombre que proceden de Dios. En cuanto a la unidad de los cristianos Ratzinger alaba las iniciativas llevadas a cabo por el Papa, aunque él personalmente esta unidad no la ve demasiado próxima. El próximo jubileo es una invitación del Papa a todos los cristianos y a toda la humanidad a una renovación personal, para «profundizar en lo más íntimo de nuestra memoria y buscar en ella ese conocimiento de la verdad que se esconde en nuestro interior». (Páginas atrás Ratzinger había afirmado creer en una especie de reminiscencia de Dios que todo hombre conserva en su alma.)

Termina la entrevista con una pregunta: «¿Qué quiere Dios exactamente de nosotros?» y la respuesta es: «que le amemos», para que así podamos asemejarnos a Él, que es Amor. Para Ratzinger, como para S. Agustín, su maestro, la historia es la lucha entre el amor y la incapacidad de amar. Pero amar significa ligarse, depender, arriesgar un sufrimiento en la propia vida. El sí de Cristo al amor muestra que «ese riesgo de sufrir y de perder la independencia sólo por amor, hace volver al hombre a sí mismo y que sea como debe ser».

No nos queda sino recomendar la lectura de este libro a todos los que se interesen de verdad por la suerte de la Iglesia y de la humanidad en el tiempo que vivimos y quieran tener una perspectiva de conjunto proporcionada por un hombre de innegable calidad intelectual, fidelidad a la fe católica, y experiencia de la Iglesia y de la historia reciente. A este respecto tiene razón el

entrevistador, cuando dice en el prólogo: «El Cardenal Joseph Ratzinger está considerado sobre todo en su propio país, un hombre de Iglesia muy combativo y también muy discutido. Muchos de sus anteriores análisis y valoraciones se ven actualmente confirmados, algunos hasta en el menor detalle. Y nadie conoce las defecciones y el drama de la Iglesia de nuestro tiempo con mayor dolor que este hombre discreto, de origen sencillo y procedente de la rústica Baviera».

Y una advertencia final. No conviene comprar la primera edición de

este libro en español, ya que la Conferencia Episcopal Española, por medio de su Secretariado para la Doctrina de la Fe, ha hecho pública una nota advirtiendo que «contiene muchos errores de traducción que dificultan su lectura y que, no pocas veces, cambian el sentido de lo que dice el texto original alemán» (cf. *Alfa y Omega*, nº 71 / 17-V-1997). La editorial está preparando una segunda edición revisada a fondo.

M. Paz

CHAFER, Arturo, *Santo Tomás de Villanueva, fidelidad evangélica y renovación eclesial*. Editorial Revista Agustiniiana, Madrid 1996, pp. 424.

He leído con interés creciente esta obra de Chafer sobre Santo Tomás de Villanueva, ya que tiene el acierto de presentar la vida y obra del santo en sus más ricas facetas. En realidad, son varios los estudios publicados por el autor en revistas de investigación, pero que forman una unidad en torno a la figura del santo arzobispo agustino. Algunos de éstos ya los había leído parcialmente. Es un estudio serio, profundo, bien documentado. La publicación en un solo libro ha sido una feliz idea que merece aplausos al autor y a la editorial, pues de esta manera estará más al alcance de muchos lectores.

Algunos, incluso pastores, se habían quedado con la idea acentuada del santo como limosnero, dejando un poco en la penumbra la admirable labor docente, pastoral y espiritual de santo Tomás de Villanueva. Es verdad que hay una meritoria bibliografía que

pone de relieve estas aspectos, pero hace falta resaltarlos por los distintos autores para dar su imagen completa. Es el teólogo, el formador, el superior, el predicador, el pastor modelo que regenera una inmensa diócesis, en la que encuentra un sector del clero sin preparación o envuelto en una vida mundana; es el obispo que, no pudiendo asistir personalmente al concilio de Trento, influye a través de sus memoriales, llevados por su procurador y por los otros padres conciliares, que se entrevistaron con él antes de hacer su viaje al concilio.

El autor, que conoce admirablemente la época histórica en la que se mueve el santo de Villanueva de los Infantes, lo sitúa en el contexto de tal manera, que el lector ve al protagonista de este estudio como sujeto activo entre los personajes y las corrientes doctrinales de su siglo en ebullición. Al

perfil hagiográfico, nos ofrece la dimensión completa del hombre de la Iglesia. «Santo Tomás de Villanueva nos ha dejado en sus sermones y opúsculos castellanos un tesoro de doctrina teológica, pastoral y espiritual», dice el autor en la p. 113.

Chafer distribuye la obra en cinco partes, después de cada una de las cuales ofrece una síntesis. En la primera parte nos da una introducción bastante completa de la reforma de la Iglesia en el siglo XVI, partiendo desde sus antecedentes del siglo precedente, y tras ella, una semblanza biográfica de Santo Tomás de Villanueva, que vive intensamente ese tiempo de renovación eclesial. La segunda parte, que titula «Fuentes», ofrece un estudio sobre la estructura de los sermones del santo predicador, su utilización de los sentidos bíblicos, que conoce a la perfección, y la presencia de San Agustín en sus sermones y escritos castellanos. Dedicamos la tercera parte a autores de la época, concretamente a los agustinos

Fr. Dionisio Vázquez y al beato Alonso de Orozco, grandes figuras relacionadas con él. La cuarta parte estudia el sínodo diocesano celebrado por el santo arzobispo de Valencia, de gran transcendencia para la reforma espiritual de la diócesis, sus valiosos aportes al Concilio de Trento, la reforma del clero y las constituciones que dio al Colegio de la Presentación, primera experiencia de seminario por él fundado. Y en la quinta parte presenta a santo Tomás de Villanueva como maestro de la vida cristiana. Resalta aquí la importancia de este magisterio, no suficientemente valorado.

En fin, Chafer presta una gran servicio a la revalorización del gran santo arzobispo, padre de los pobres, desde su dimensión de promoción del hombre, comenzando por la atención a sus clérigos, y sobre todo como teólogo, maestro de vida espiritual y santo.

F. Carmona

PANTEGHINI, Giacomo, *Angeli e Demoni. Il ritorno dell'invisibile*, ed. Messaggero, 1997, Padua, pp. 203.

Dentro de la interesante colección «Problemi & Proposte» dedicada a los «problemas que hoy se imponen con particular urgencia y gravedad en la iglesia y en el mundo», la editorial *Messaggero* de Padua acaba de publicar con gran acierto este volumen. *Angeli e Demoni* es un libro destinado a todos los que operan en la pastoral eclesial, sacerdotes, religiosos o seglares, y pretende aclarar y colocar en su justo contexto el tema de los ángeles y de los demonios, hoy tan de moda. Y

tenemos que felicitar al autor por haber logrado su objetivo con gran acierto. Es un texto de muy fácil lectura, pero a la vez muy bien documentado, con una abundante referencia bibliográfica y aparato crítico, pero sin estorbo para la fluidez del pensamiento. El autor presenta claramente su propósito: no quiere escribir un manual de angeología ni de demonología, y tampoco quiere presentar una colección de experiencias; después de constatar un renovado interés actual entorno a las fi-

guras de los ángeles y los demonios, figuras del mundo invisible, después de años de imperio del racional y visible, se pregunta qué significado tienen estos personajes del más allá, dentro de una visión cristiana. Se dedica a responder primero repasando la historia, y recordando cómo estas figuras entraron en la religión judía y cómo se presentan en el nuevo testamento. Además ofrece una interesante síntesis de cómo se conciben estas figuras en las culturas que han venido en contacto con la religión judeo-cristiana: culturas medio orientales mesopotámicas y maniqueas, cultura greco-romana, gnosis. Dentro del mismo cristianismo la presentación de estas figuras adquieren acentuaciones e incluso a veces distorsiones (que pueden haber llevado a prácticas como la «caza a las brujas»), según los momentos históricos, las concepciones e influjos culturales dominantes. Adentrándonos en el estudio de los ángeles y de los demonios, podemos darnos cuenta, según el autor, de que tienen que ver con Dios (dimensión teológica), con los hombres (dimensión antropológica), con Cristo (dimensión cristológica), y con el mundo físico (dimensión cosmológica). Si se considera a Dios como creador, ellos se le subordinan y ocupan una posición intermedia entre Dios y los hombres, y el demonio, creado bueno, se hace malo por el pecado, libremente escogido; así mismo intervienen en la vida del hombre, para el bien o para el mal, pero el hombre responde primeramente a Dios; y siendo Cristo el único mediador, el cristocentrismo determina toda la concepción de los ángeles y de los demonios, cumpliendo ellos mediaciones accidentales, de ejecuciones asignadas, y en función y al servicio de Cristo. La

cosmología basada sobre las fuerzas angélicas, propia de la edad media e importante en su tiempo para el avance del conocimiento, hoy no es sostenible, y el papel de ángeles y demonios en este campo es también reducido. El auge de los ángeles y demonios en el mundo de hoy es aparatoso y exterior, y se presenta más bien como un reflejo del egoísmo narcisista de nuestra cultura decadente. Los ángeles serían espíritus a nuestro servicio que nos consuelan y ayudan, y los demonios espíritus que nos llevan a liberar fuerzas instintivas y vitales reprimidas. Son presentaciones demasiado exteriorizadas para ser verdaderas. Por este motivo reconocemos acertado a la vez que práctico para la pastoral el capítulo dedicado a las posesiones diabólicas: el autor invita a la prudencia ante la facilidad a recurrir a este tipo de explicaciones ante los males y las patologías humanas, y se preocupa justamente para no disminuir el valor del hombre y su libertad ante Dios. Pero a la vez no excluye que se puedan dar las posesiones diabólicas, y la necesidad de recurrir a exorcismos.

El gran resurgir del interés por los ángeles y los demonios es una oportunidad que no tiene que desaprovechar la iglesia, precisamente porque estas figuras están al servicio de los misterios principales de la fe: creación, salvación en Cristo, gracia y pecado. «Saludamos por tanto una vez más la vuelta de lo invisible después de la indigestión de lo visible. Pero desconfirmamos de las espectacularizaciones. Recordemos que el ángel hace de “hombro” por su naturaleza, siendo mensajero de Dios. Recordemos en particular que el mismo diablo, el de la revelación bíblica, prefiere hacer de director más que de actor; su arte con-

siste en desaparecer detrás de los agentes del mal. Hoy prevalece un satanismo que desdice de la inteligencia del diablo, y un angelismo que desdice de la seriedad del ángel. Pero siempre tenemos necesidad de captar el susurro de los ángeles y desenmascarar las sugerencias de los demonios».

El carácter eminentemente práctico y concreto de esta obra se confirma por

el utilísimo apéndice, que contiene los números del Catecismo de la Iglesia Católica y del Catecismo para los Adultos de la Conferencia Episcopal Italiana, sobre los ángeles y los demonios; y además por las nueve páginas de bibliografía, muy rica para un libro de este tipo, y muy bien seleccionada.

P. Scarafoni

SAYÉS, José Antonio, *Antropología y moral*, Ed. Palabra, Madrid 1997, pp. 236.

El debate moral de nuestro tiempo afronta el problema esencial de su misma fundamentación. Para algunos resulta banal el solo hecho de pensar que la moral se pueda fundar. Según otros, la base de la moral se podría encontrar en el análisis teórico de las motivaciones o, incluso, en el estudio de los comportamientos prácticos. La crisis de la Iglesia del postconcilio se encuentra ante esta encrucijada en el campo de la moral bombardeada por el relativismo moral, la concepción de la conciencia autónoma y creadora de la propia norma, el subjetivismo, etc.

José Antonio Sayés, profesor de teología fundamental en la Facultad de Teología de Burgos (España), se basa en su amplia experiencia pedagógica para exponer, con claridad y concisión, los problemas fundamentales de la moral. Divide su trabajo en dos secciones: la primera dedicada a plantear el problema actual de la moral y la importancia del concepto antropológico de persona en este planteamiento. La segunda parte se centra directamente en algunos problemas de moral fundamental.

Consciente de que las grietas en el edificio de la vivencia moral católica se deben a problemas de los cimientos, busca consolidar el planteamiento teológico desde los principios de la antropología personalista. Aborda el supuesto de la persona humana en dos vertientes: lo que el ser humano es en sí y, en segundo lugar, su forma de manifestarse al exterior. Inicia su argumentación desde la fenomenología de la persona «lo que aparece», como de un dato más evidente y primero. Este mostrarse de la persona con unas características tan peculiares refleja su misma esencia. Por eso el autor penetra en el debate sobre la existencia del alma inmortal con este razonamiento como premisa: Si se prueba que el hombre es alguien por encima de lo irracional, descubriremos que se trata de la única criatura que Dios ha «querido por sí misma». Por lo tanto, encontraremos que se trata de un ser que lleva grabada la imagen del Creador y permanece siempre en una relación especial con Dios creador, su único fin.

La perspectiva de la «nueva moral», de claro signo subjetivista, se coloca como pórtico de la segunda parte del libro. Desde la óptica de la encíclica *Veritatis Splendor*, el autor responde a los interrogantes planteados por algunos moralistas respecto a la doctrina de la Iglesia. Movido por esta intención pedagógica y apologética, considera algunos de los puntos fundamentales de la moral: la conciencia, la libertad, la ley natural, los mandamientos, las fuentes de la moral, las virtudes, etc.; con sus inmediatos reflejos en la moral sexual y el tema de la valoración de lo «intrínsecamente malo».

Expone sobre cada uno de estos aspectos el sentir de la enseñanza del Magisterio y las objeciones o aclaraciones que han visto la luz en los últimos tiempos: la tesis de la opción fundamental, el proporcionalismo moral,

el teleologismo consecuencialista, la ética de los valores, etc. En un apéndice, al final del capítulo, se patentiza el desarrollo lógico de la moral formal a las éticas irracionales. Se recogen estas opiniones por el influjo que han ejercido sobre la cultura del hombre de nuestro final de siglo.

Concluye este libro, asequible y brillante, señalando el camino moral trazado por Cristo en el evangelio. La ley nueva supera la concepción veterotestamentaria del puro cumplimiento e impulsa al hombre hacia la perfección de la gracia y la felicidad vaticinada en las bienaventuranzas.

Se trata, por tanto, de buscar en Cristo un modelo de santidad que no se queda en la fidelidad a la ley natural y el decálogo, sino que lanza a vivir una auténtica revolución moral en el amor.

J. R. Velasco

RATZINGER, Card. Joseph, *La mia vita. Ricordi (1927-1977)*, Edizioni san Paolo, Cinisello Balsamo 1997, pp. 121.

Es fuerte en la naturaleza humana la tendencia a encasillar dentro de un calificativo a las personas, para contraponerlas luego a calificativos opuestos. Si a uno se le califica de tradicional, no puede ser progresista; si se le tilda de conservador, se excluye *a priori* la posibilidad de que sea renovador.

Estos esquemas son unilaterales y por ello de muy escaso valor aplicados a cualquier persona, pero sobre todo si se aplican a hombres de gran calidad intelectual, humana y eclesial. Tal es el caso del Cardenal Joseph Ratzinger, desde hace 15 años prefecto de la

Congregación para la Doctrina de la Fe.

Desde un observatorio, doblemente privilegiado: La Congregación para la Doctrina de la Fe y la edad de 70 años, el Cardenal Ratzinger se ha lanzado a la publicación de dos libros, editados en italiano por la editorial *San Paolo*. Son dos libros que, en mi opinión, se entrelazan y complementan. Con el primero *La mia vita* proyecta su mirada, sencilla y a la vez penetrante, al pasado que, se quiera o no, marca la historia personal y la historia de las instituciones y de los pueblos. El pasado nos acompaña en nuestro peregrini-

nar por la historia hacia la eternidad. El otro libro titulado *La sal de la tierra*, publicado en español por ediciones Palabra, recoge una entrevista que Peter Seewald hizo al purpurado, hace un año, sobre su vida personal y, principalmente, sobre su visión del presente y futuro de la Iglesia y de la sociedad. Presente y futuro en que Ratzinger ha desempeñado y desempeñará todavía un papel no común, por más que él señale su pequeñez personal y el carácter comunitario de toda tarea eclesial. Bien ha entendido este aspecto *Edizioni san Paolo*, al poner este libro dentro de su colección *Attualità e storia*.

*La mia vita*, desde el punto de vista del género literario, es singular. No pertenece al género *autobiografía*, pues son retazos de vida más que una biografía completa e históricamente encuadrada. No se trata de *Memorias*, género que requiere un amplio marco histórico y una gran abundancia de datos personales significativos en el desarrollo de los acontecimientos.

El Cardenal ha dado a su libro, con no poca modestia, el subtítulo de *Recuerdos*. Algunos simples recuerdos de su infancia, de su formación, de su docencia, que han dejado huella imborrable en su memoria. Recuerdos que culminan el año 1977, cuando Joseph Ratzinger es nombrado por Pablo VI arzobispo de Munich y Frisinga, y comienza para él *el ahora* de su vida. Un ahora que no es objeto de recuerdo, pero sí de la entrevista que ha concedido a Peter Seewald, recogida en el segundo libro *Sal de la tierra*. No es que el Cardenal quiera guardar silencio sobre los últimos 20 años de su vida; más bien, no los considera dignos de colocar entre los *recuerdos*, siendo como son todavía

parte sustancial de su trayectoria personal.

Idealmente se puede dividir el libro en cuatro partes. La primera cubre desde su nacimiento en 1927 hasta el servicio militar obligado, la prisión y la liberación en 1945. Sobre este período inicial de su vida se extiende, poderosa y dominante, la sombra del *Tercer Reich*, y a la vez la sombra benéfica y protectora de una familia sencilla y profundamente cristiana. El segundo período abarca su formación sacerdotal hasta el momento en que es ungido sacerdote por el Cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, el día 29 de junio de 1951, en la catedral de Frisinga. Resalta en estos años de formación la seriedad y dedicación con que el joven Joseph se entregó a la formación espiritual, humana e intelectual. Las amistades de aquellos años le han acompañado hasta el presente. Los docentes que guiaron su *iter* intelectual, pertenecientes a dos corrientes diversas y complementarias, dejaron una impronta indeleble en su configuración mental y en su talante académico. Frisinga, Bonn, Münster, Tübinga, Ratisbona son los cinco hitos en el curso de sus años de libre docencia. Aquí caben destacar varios aspectos: su participación al Concilio primero como teólogo del Cardenal Frings y luego, a partir de finales de 1963, como perito conciliar; sus óptimas relaciones tanto con otros profesores de teología y otras disciplinas como con sus numerosos alumnos; sus dificultades principalmente con la línea *liberacionista* de la universidad de Tübinga. La última etapa, la más breve, corresponde a su nombramiento a arzobispo de Munich y Frisinga.

En el libro se entremezclan diversas perspectivas: La visión penetrante

de la fe y, a la vez, de una inteligencia aguda y traslúcida; la perspectiva de la historia y de la teología; la libertad de expresión y el espíritu crítico junto con un gran respeto a las personas y a las instituciones; los retazos de la historia y los *flashes* de actualidad. Todas ellas juntas dan al libro una viveza y una profundidad extraordinarias.

En el centro del volumen se intercalan 60 páginas de fotografías, muchas de ellas desconocidas, de la vida del Cardenal, desde su casa natal y su

infancia hasta estos últimos años. Bellas, evocadoras y significativas fotografías de la vida de un hombre que él mismo ha resumido en dos expresiones bíblicas: *Cooperator veritatis*, lema de su escudo, y *Ut iumentum sum apud te* del salmo 72. «Como una bestia de carga estoy ante ti, y precisamente así yo estaré cerca de ti». La verdad y la humildad se han abrazado en la vida y en la actuación del Cardenal.

A. Izquierdo